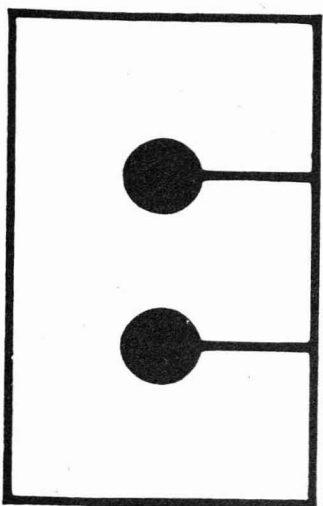


E. M.
FORSTER



L
ARTE
POR
EL
ARTE

En 1936, E. M. Forster publicó *Cosecha de Abbinger*; en 1952, *Dos brindis por la Democracia*, colecciones de artículos diversos en los que expuso sus ideas sobre la sociedad y el arte, editados en revistas o transmitidos por la radio, primero en forma simultánea a su producción novelística y luego, a partir de la aparición de *El paso a la India* (1924), como única forma de manifestación literaria. Su humor, su penetrante inteligencia, su sabiduría para enfrentarse a concepciones aureoladas por un halo de respetabilidad, indiscutibles por el mero hecho de haber sido heredadas y asumidas por generaciones enteras, convirtieron a Forster en una especie de apóstol de los jóvenes escritores anticonvencionales de los años treinta, en el heredero de una corriente humanista preconizada por Erasmo, Montaigne y Voltaire. "Aquí, aunque las bombas son reales y peligrosas/ nos prometes aún que la vida interior da recompensas", escribió Auden en un poema dedicado a Forster. Y el protagonista de la novela de Isherwood, Down there

on a visit, anota en su diario de 1938 estas impresiones: "Bueno mi Inglaterra es E. M., el héroe antiheroico... Mientras otros recomiendan a sus seguidores que estén preparados para morir, él nos aconseja vivir como si fuésemos inmortales. Y él vive así realmente, aunque se sienta tan angustiado y temeroso como cualquiera de nosotros, y ni por un instante pretenda no estarlo. El y sus libros y lo que ellos defienden son todo lo que realmente vale la pena salvar de Hitler."

En los países de habla española donde el pensamiento liberal y la tradición crítica, con todo lo que ello significa de tolerancia y respeto hacia las posiciones distintas, han sido siempre pocos, la obra de E. M. Forster es casi desconocida. Publicamos aquí dos de sus ensayos más penetrantes; uno de ellos fue no sólo su *Credo*, sino el de muchos que como él consideran que "el deseo de saber más, el deseo de sentir más, y el deseo de ayudar a los demás deben ser las metas últimas del género humano."

S. P.

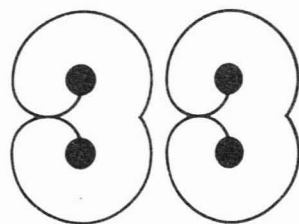
Creo en el arte por el arte mismo. Es una fe pasada de moda; por eso algunas de mis aseveraciones tienen un tono apologético. Hace sesenta años me habría enfrentado a ustedes con mayor seguridad. Un escritor o conferencista que eligiera entonces "El arte por el arte" como tema podría estar seguro de hallarse al día, y se sentiría tan confiado de su éxito que a veces se vestiría con atuendos de esteta apropiados para la ocasión, una capa de brocado, tal vez, o una chaqueta de terciopelo azul con el cuello de encaje, una toga, o un kimono, y llevaría en su mano medieval un girasol, un lirio o una larga pluma de pavo real. Los tiempos han cambiado. Es imposible que presente mi tema ataviado de semejante manera. Más bien me propongo pedir a ustedes que reconsideren por unos minutos una frase que ha sido muchas veces mal interpretada y de la que mucho se ha abusado, pero que tiene, a mi parecer, una gran importancia para nosotros, que tiene, mejor dicho, una importancia eterna.

Podemos, pues, fácilmente, eliminar las plumas de pavo real y otras afectaciones que no tienen la más mínima importancia; pero también me propongo eliminar una herejía más peligrosa, me refiero a la estúpida idea de que lo único que importa es el arte, una idea que de alguna manera se ha mezclado con el concepto del arte por el arte, y que ha contribuido a desprestigiarlo. Hay muchas cosas, además del arte, que cuentan. El arte es sólo una de las cosas importantes de este mundo, y aunque mi defensa de él es apasionada, quiero mantenerla en las justas proporciones. Nadie puede pasarse la vida entera embebido en la creación o en la contemplación de obras maestras. El hombre vive, y debe vivir, en un mundo complejo, lleno de aspiraciones en conflicto, y si se

simplifican y se las reduce a lo estético, lo habremos esterilizado. Al hablar de arte por el arte no pretendo decir que sólo el arte es importante. También me gustaría desterrar frases como "la vida del arte", "vivir por el arte", "la alta misión del arte", que no hacen sino confundir y desorientar.

¿Qué significa esta frase? En vez de generalizaciones, vamos a tomar un ejemplo específico, el *Macbeth* de Shakespeare y a pronunciar las palabras "*Macbeth* por *Macbeth* mismo". ¿Qué significa eso? Bueno, la obra tiene varios aspectos... es educativa, ya que algo nos enseña sobre la Escocia legendaria, algo sobre la Inglaterra de Jacobo I, y muchos sobre la naturaleza humana y sus peligros. Podemos estudiar sus orígenes y disfrutar su técnica dramática y la música de su dicción. Todo esto es cierto. Pero *Macbeth* es, por sobre todas las cosas, un mundo propio, creado por Shakespeare y que existe en virtud de su propia poesía. Es en ese sentido *Macbeth* por *Macbeth* mismo, y eso es lo que intento decir cuando hablo del "Arte por el arte". Una obra de arte —cualquiera que sea— es una entidad que se contiene a sí misma, con una vida propia impuesta por su creador. Tiene un orden interno. Debe tener una forma externa. Y es por ella que la reconocemos.

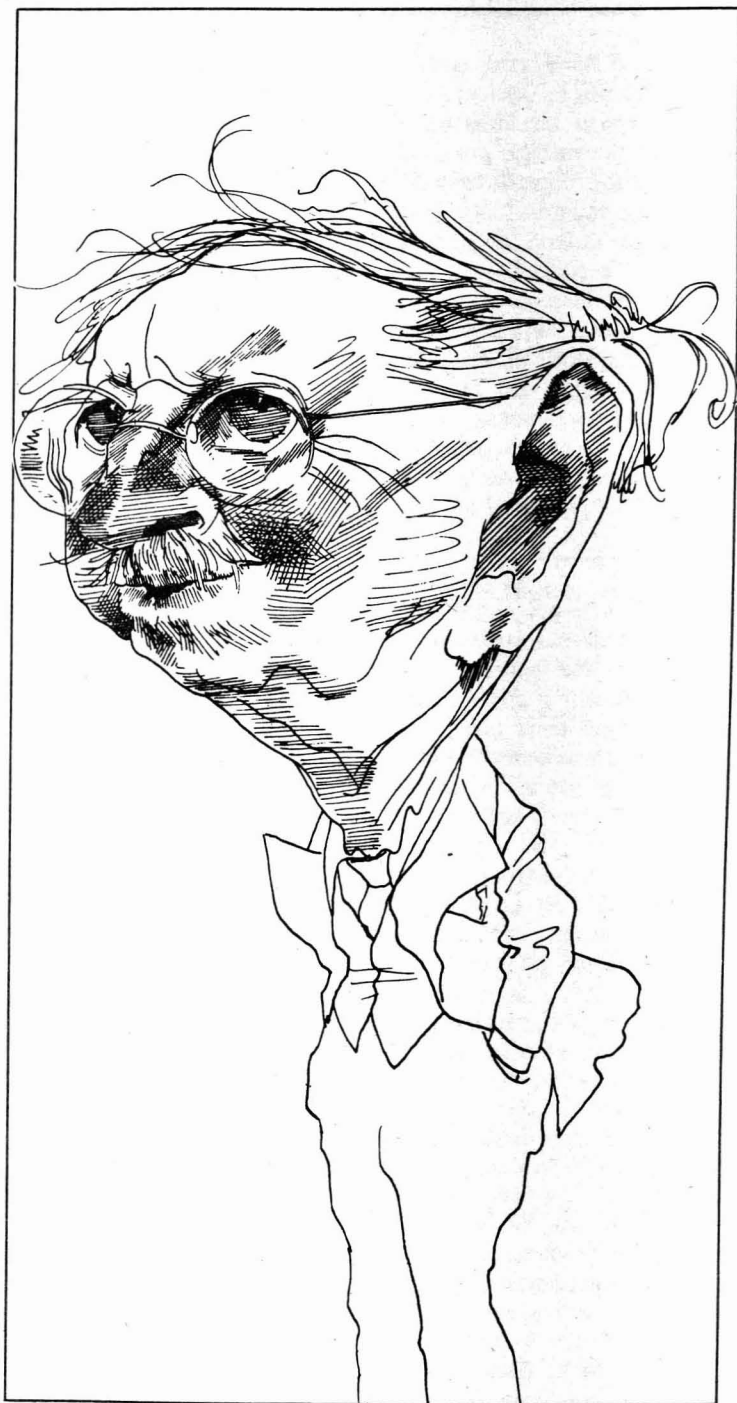
Tomemos otro ejemplo, ese cuadro de Seurat que vi hace dos años en Chicago, *La grande Jatte*. También ahí tenemos mucho que estudiar y disfrutar: el puntillismo, el rostro encantador de la joven sentada, un domingo soleado del París decimonónico, el sentimiento de movimiento en la inmovilidad. Pero también ahí encontramos algo más. *La Grande Jatte* constituye un mundo propio, creado por Seurat, que existe en virtud de su propia



poesía. *La Grande Jatte* por *La Grande Jatte*: el arte por el arte. Como *Macbeth* contiene un orden interno y una vida interior.

Pero quisiera ahora volver al concepto de orden. Me es importante para sostener mis argumentos, y quiero hacer una digresión y asomarme al orden en la vida diaria antes de referirme al orden en el arte.

En el mundo de la vida diaria, el mundo que por fuerza habitamos, se habla mucho del orden; en especial lo hacen los estadistas y los políticos, quienes, sin embargo, tienden a confundir orden con órdenes, de la misma manera que confunden creación con reglamentos. El orden, sugeriría yo, es algo que surge desde el interior, no algo impuesto desde afuera: es una estabilidad interna, una armonía vital, y en la categoría social y política es algo que nunca ha existido excepto para conveniencia de los historiadores. Si contemplamos realistamente el pasado no encontramos sino una serie de *desórdenes* que se suceden uno a otro en gracia a leyes indudablemente discernibles y marcados sin duda alguna por un creciente desarrollo de la interferencia humana, pero que a fin de cuentas no son sino desórdenes. Así que, hablando como escritor, lo que espero en el presente es un desorden más favorable a los artistas que el actual, un desorden que les proporcione una fuente mayor de inspiración y mejores condiciones materiales. No duraría —nada dura—, pero ha habido algunos desórdenes provechosos en el pasado, por ejemplo en la antigua Atenas, en la Italia renacentista, en la Francia del siglo XVIII, en ciertos períodos de China y Persia, y nosotros debemos hacer todo lo posible para acelerar el advenimiento del próximo. Pero no volvamos a colocar nuestros corazones donde sabemos que no encontraremos ninguna alegría verdadera. Se nos había prometido un nuevo orden después de la Primera Guerra Mundial obtenible a través de la Liga de las Naciones. No se logró, y por ello no tengo fe en las actuales promesas, no importa quién las sustente. La ofensiva implacable de la ciencia me lo impide. No podemos alcanzar una estabilidad social y política por la simple razón de que continuamos haciendo descubrimientos científicos y aplicándolos, y de esa manera destruimos situaciones basadas en descubrimientos más elementales. Si la ciencia descubriera en vez de aplicar —si, en otras palabras, los hombres estuvieran más interesados en el conocimiento que en el poder— la humanidad se hallaría en una posición mucho más segura, la estabilidad de que hablan los hombres de Estado sería posible, podría existir un nuevo orden basado en la armonía vital, y el Milenio terrestre podría estar próximo. Pero la ciencia no da señal alguna de desear esto: ella nos proporciona la Máquina de combustión interna, y antes de que la hayamos digerido y asimilado con terribles penas en nuestro sistema social, desintegró el átomo, y destruyó todo orden nuevo que parecía estar germinando. ¿Cómo puede el hombre estar en armonía con lo que lo rodea cuando constantemente lo está





alterando? El futuro del género humano es, en este sentido, mucho más desagradable de lo que nos preocupamos en admitir, y algunas veces me ha parecido que su mejor oportunidad descansa en la apatía, la falta de invención y la inercia. Una postración universal podría promover el Cambio del Corazón que hoy día se preconiza con tanta energía desde mil púlpitos. La postración universal podría ser indudablemente una nueva experiencia. El género humano no lo ha conocido, y es demasiado engreído como para admitir que pueda estar por llegar y que podría traer como resultado un brote de energía a través de la decadencia.

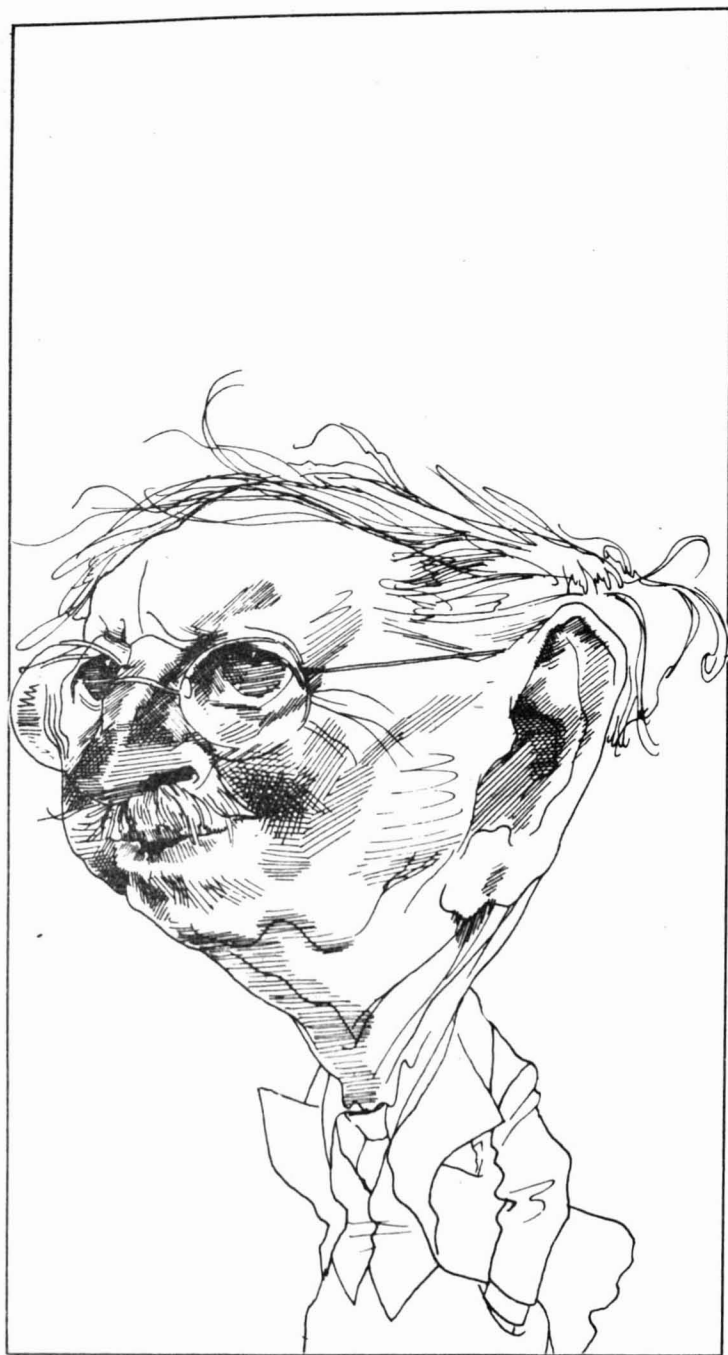
No debo llevar más adelante estas especulaciones... me conducen demasiado lejos de mis términos de referencia y tal vez de los vuestros. Pero quiero enfatizar que el orden en la vida diaria, así como en la historia, el orden en la categoría social y política es inalcanzable mientras conservemos nuestra psicología actual.

¿Dónde es alcanzable? No en la categoría astronómica, en la que durante muchos años estuvo entronado. A partir de Einstein, los cielos y la tierra se han convertido en algo terriblemente semejante. Ya no es posible encontrar un contraste, que nos reafirme ante el caos, en el cielo nocturno y contemplar con George Meredith las estrellas, el ejército obediente a una ley inalterable, o escuchar la música de las esferas. El orden no mora ahí. En el universo entero parece no haber sino dos posibilidades para él. La primera —que una vez más se encuentra fuera de mis términos de referencia— es el orden divino, la armonía mística, que, de acuerdo con todas las religiones, sólo es obtenible para quienes logren merecerla. Debemos admitir su posibilidad, basada en la evidencia de los adeptos, y debemos creerles cuando nos dicen que es alcanzable, en los casos en que es alcanzable, por medio de la oración. “¡Oh, Tú que no cambias, mora conmigo!”, dijo uno de sus poetas. “Ordina questo amor, o tu che m’ami”, dijo otro. La existencia de un orden divino, aunque no pueda comprobarse, nunca ha sido refutada.

La segunda posibilidad de orden se encuentra en la categoría estética, el tema que ahora me ocupa: el orden que un artista puede crear en su propia obra, y al que debemos volver. Una obra de arte, y en eso todos convenimos, es un producto único. ¿Por qué? Es único no por ser inteligente, noble, bello, esclarecedor, original, sincero, idealista, útil o educativo —puede no representar ninguna de estas cualidades—, sino porque es el único objeto material en el universo que puede poseer armonía interna. Todos los demás han obtenido su forma desde el exterior, y cuando se elimina el molde se derrumban. La obra de arte se sostiene por sí misma, lo que ninguna otra cosa logra. Alcanza algo que a menudo ha sido prometido por la sociedad, siempre engañosamente. La antigua Atenas sucumbió ante el caos, pero *Antígona* permanece. Roma sucumbió, pero los muros de la Capilla Sixtina fueron pintados. Jacobo I sucumbió, pero allí está *Macbeth*. Luis XIV...

y allí esta *Fedra*. ¿El arte por el arte? Así lo considero, y más que nunca en los tiempos que corren. El arte es el único producto ordenado que nuestra confusa raza ha sabido producir. Es el grito de miles de centinelas, el eco de miles de laberintos, el faro que no puede ocultarse: *c'est le meilleur témoignage que nous puissions donner de notre dignité*. *Antígona* por *Antígona* misma, *Macbeth* por *Macbeth*, *La Grande Jatte* por *La Grande Jatte*. Si este argumento es correcto, de él se desprenderá que el artista tiende a ser un extranjero en la sociedad en que ha nacido, y que la concepción que de él se tenía en el siglo XIX, la de bohemio, no es del todo inadecuada. La concepción erraba en tres puntos: postulaba un sistema económico donde el arte podía ser un trabajo de tiempo completo, introducía la falacia de que sólo el arte es importante, y resaltaba lo específico y estrambótico —el aspecto de la pluma de pavo real— más que el orden. Pero es una concepción mucho más verdadera que la que prevalece en los círculos oficiales del lado del Atlántico que a mí me toca, no sé si también del de ustedes, es decir, aquella que considera al artista como un propagandista especialmente brillante del gobierno y lo alienta a ser cordial y “amiguero” con los demás ciudadanos y a no darse demasiados aires.

Sé lo estimable que es ser “amiguero” y el hombre que lo logra pasa muchos momentos agradables y se los hace pasar a los demás. Pero no tiene ninguna conexión visible con el impulso creador, y posiblemente actúe como un inhibidor de él. El artista que se deja seducir por la camaradería puede dejar de hacer la única cosa que él, y sólo él, puede hacer, extraer algo de las palabras y los sonidos, o de la pintura, la arcilla, el mármol, el acero o el celuloide que tenga una armonía interna para así obsequiar un orden a un planeta perennemente desordenado. Parece que vale la pena hacer esto, aun al riesgo de ser llamado altivo por los periodistas. Recuerdo un artículo publicado hace algunos años en el *Times* de Londres titulado “El eclipse de los refinados”, en el que se exaltaba al “hombre ordinario”, y se censuraba toda la literatura contemporánea que no siguiera esa línea, aunque sólo el autor del artículo conocía la posición precisa de esa línea. Sir Kenneth Clark, que en aquella época era director de nuestra Galería Nacional, comentó aquella perniciosa doctrina en una carta que nunca podrá ser lo suficientemente citada. “El poeta y el artista”, escribió Clark, “son importantes precisamente por no ser hombres ordinarios; porque en inteligencia, sensibilidad y poder de invención exceden considerablemente al nivel ordinario”. Esas palabras memorables, especialmente las palabras “poder de invención” son el pasaporte a la bohemia. Provisto de él, el artista se desliza por encima de la sociedad, saludado ora con un golpe de teja ora con un penique, y aceptando ambas situaciones con igual ecuanimidad. No considera con demasiada ansiedad cuáles pueden ser sus relaciones con la sociedad, ya que es consciente de algo



¿Qué leyes proponía decretar Shelley? Ninguna. La legislación del artista nunca se logra formular en su época, aunque a veces pueda ser captada por las generaciones futuras. El artista legisla a través de su creación. Y él crea a través de su sensibilidad y su poder para imponer una forma. Sin forma, la sensibilidad desaparece. Y la forma es tan importante hoy día, cuando el género humano está tratando de salvar el torbellino, como lo era en los días menos agitados del pasado, cuando la tierra parecía sólida y las estrellas fijas, y los descubrimientos de la ciencia se realizaban lenta, lentamente. La forma no significa tradición. Es algo que cambia de una generación a otra. Los artistas buscan siempre una nueva técnica, y lo continuarán haciendo siempre que su trabajo les apasione. Pero un tipo determinado de forma es imperativo. Es la costra superficial de la armonía interna, es la evidencia exterior del orden.

Mis comentarios sobre la sociedad pueden parecer demasiado pesimistas, pero creo que la sociedad sólo puede representar un fragmento del espíritu humano, y que otro fragmento sólo puede expresarse a través del arte. Y quise aprovechar esta oportunidad, este sitio de privilegio, para afirmar no sólo la existencia del arte sino su tenacidad. Si se observa el pasado, me parece que eso es lo único que ha existido: oportunidades para la discusión y la creación, pequeñas oportunidades en un caos constante, donde el deseo de crear un orden ha encontrado una temporal gratificación, y los centinelas han logrado proferir sus desafíos, y los cazadores, aun a riesgo de perder su individualidad, han oído el llamado de otros cazadores a través del bosque impenetrable, y los faros no han cesado de iluminar los encrespados mares. A medida que envejezco me parece que en esta tenacidad hay algo más y más profundo, algo que en realidad concierne también a las personas a quienes de ninguna manera les interesa el arte.

En conclusión, permítaseme resumir las varias categorías que han pretendido poseer un orden.

1] La categoría social y política. Su pretensión se ve desmentida por las evidencias de la historia y por nuestra propia experiencia. Si hubiese un cambio psicológico en el hombre, el orden sería alcanzable en este terreno; nunca de otra manera.

2] La categoría astronómica. Pretensión válida hasta el presente siglo, pero negada por la evidencia de los físicos.

3] La categoría religiosa. Pretensión que descansa en la evidencia de los místicos.

4] La categoría estética. Pretensión apoyada en la evidencia de varias obras de arte, y en la evidencia de nuestros propios impulsos creativos, por débiles que sean, o por imperfecto que sea su funcionamiento. Las obras de arte, a mi juicio, son los únicos objetos en el universo material que poseen un orden interno, y por esta razón, aunque no considere que sólo el arte importe, creo en el arte por el arte mismo.

más importante, es decir la incitación a inventar, a crear un orden, y él cree que estará mejor situado para lograr esto si practica cierto distanciamiento. Así, se le ve rondar desaliñadamente, con el sombrero calado hasta los ojos, y tal vez con un piojo en la barba, y, si realmente lo desea, con una pluma de pavo real en la mano. Si nuestra actual sociedad se desintegrara —¿y quién puede atreverse a profetizar que eso no va a ocurrir? — esta figura anticuada se volverá más precisa: el bohemio, el extranjero, el parásito, la rata... una de esas figuras que por el momento no tienen función ni en un mundo en guerra ni en uno pacífico. Puede que no haya mucha dignidad en el hecho de ser una rata, pero muchos de los barcos están naufragando, lo que tampoco es nada digno ya que los oficiales no los construyeron debidamente. Y en lo que a mí respecta prefiero ser una rata a nado que un barco a pique, ya que en tal caso podré ver lo que ocurre a mi alrededor por un poco más de tiempo. Ahora recuerdo cómo uno de los nuestros, una rata de ojos especialmente brillantes llamada Shelley, declaró: "Los poetas son los legisladores no reconocidos de este mundo", antes de sucumbir en las aguas del Mediterráneo.